

un mal para mí! En ella por el contrario hallarán su deseado término mis trabajos, y el quitarme la vida es desnudar á un hombre fatigado de los vestidos que le retardan el sueño (1). Temiendo el Papa no obstante por una vida tan preciosa, llamó á Polo á Roma, le dió guardias, y le sustituyó el obispo de Lieja en la legacion de Flandes en agradecimiento de los favores que le habia dispensado.

Enfurecido Enrique al ver que se le escapaba su víctima, descargó su venganza sobre los parientes y amigos de Polo, en cuya familia no obstante se halló un monstruo. Por denuncia del caballero Godofredo de la Pole, de la misma sangre que el cardenal, Enrique de la Pole, ó lord Montaignu, el marqués de Excester, nieto de Eduardo IV, el caballero Eduardo Newil, Carew, grande escudero y caballero de la Jarretiera, fueron presos, como corresponsales del santo cardenal, y todos bárbaramente ajusticiados (2). Mas lo que puso el colmo al horror y á la execracion pública fué el suplicio de la condesa de Salisbury, madre de Polo. Esta señora respetable por la sangre de los Plantagenetas que corria en sus venas, por su edad de setenta años, empleados enteramente en la beneficencia cristiana, por una santidad que era objeto de veneracion para todo el reino, fué degollada sin mas motivo que haber recibido cartas de su hijo (3). De este modo se echaban los cimientos de la reforma anglicana.

Los reformados de Alemania deseaban siempre ardientemente reunirse con los sacramentarios, tanto para poner fin á una division que desacreditaba toda la reforma, como para combatir á los católicos con mas concierto y ventaja (4). Bucero, que sabia

(1) Vida de Pol. p. 45 et 46.

(2) Sander. l. 4.

(3) Burnet. contra Sander. l. 1.

(4) Hoopin. ann. 1536. part. 2; Chytr. l. 4.

dar una misma forma y color á los objetos mas desemejantes, fué el que principalmente se empleó en esta negociacion, en que se trataba de conciliar cosas tan contrarias como eran la presencia real y la presencia ideal, es decir, un cuerpo efectivamente presente, y la simple imágen de este cuerpo. Cada una de estas dos sectas debia ceder una parte del largo trecho que las separaba; y Lutero, el intratable Lutero, convino gustoso en suavizar con variaciones atractivas sus rígidas confesiones de fé, ó á lo menos ocultarlas bajo el velo de términos oscuros y generales á los que cada uno pudiese dar el sentido que quisiese. La fé poco firme y flexible de Bucero no exigió mas para adoptarlas, y los sacramentarios de la alta Alemania siguieron su ejemplo; pero los suizos, mas sencillos y mucho menos dóciles, luego que vieron la fórmula de la union, la trataron de ambigua y capciosa y se negaron claramente á subscribirla. En vano en una asamblea de los cantones convocados en Basilea (1536), se esforzó el complaciente Bucero en persuadirles que esta doctrina no se diferenciaba en nada de la suya. Bien lejos de dar oídos á sus sutilezas, publicaron una declaracion mas formal que nunca, contra la presencia real. Reiteráronse todavía las instancias para ganarlos y, lo que es mas asombroso que todo, se concluyó en fin el convenio de ambos partidos, sin conciliacion alguna en sus sentimientos, y sin que el uno se separase de su creencia, aunque destruía la del otro. Los suizos creyeron que Lutero tenia sus sentimientos; y Lutero sin explicar los suyos congratuló á los suizos por el supuesto sacrificio que de su creencia hacian á la concordia (1). Todo cuanto añadió fué que existian todavía entre ellos algunos que le eran sospechosos, pero que los toleraba

(1) Luth. Epist. 4. Maji 1538.

por respeto al cuerpo de la nacion con la cual queria correr en buena armonía. Hé ahí toda la paz y la comunión de los discípulos de Lutero con los de Calvino ó de Zuinglio: paz en que su fé fué sacrificada de una y otra parte, y aun así fué muy mal observada, como se verá mas adelante.

Los zuinglianos se unieron poco despues, y del mismo modo, con el resto de los valdenses, acantonados cerca de doscientos años hacia en las asperezas de los Alpes (1). Estos groseros sectarios, enemigos del Papa, de los obispos y de toda potestad, mal avenidos tambien con las ceremonias de la Iglesia, con el culto de los Santos, de las reliquias ó imágenes, con las indulgencias y el purgatorio, conservaban sin embargo, á lo menos por entonces, la misma fé que los católicos acerca de los Sacramentos, y aun acerca de la transubstanciacion y del santo sacrificio de los altares. Si deseaban la misa, no era mas que por las ceremonias, ó porque la reducian únicamente á las palabras de la consagracion proferidas en lengua vulgar. Esta asombrosa distancia entre su fé y la zuingliana no impidió la union que hicieron desde luego con la iglesia de Ginebra por la intervencion de Farel, con la sola condicion de que conservarían sus ministros.

Calvino dominaba entonces en esta ciudad, que va á figurar en adelante de un modo bien extraño para su medianía, es decir, como el baluarte del calvinismo y el arsenal que puso la fé á peligro de perderse en uno de los primeros Estados cristianos. Despues que el obispo de Ginebra habia abandonado sus diócesanos y unídose contra ellos con el duque de Saboya, aquellos llamados entonces *eignotes*, y por corrupcion *hugonotes*, de la palabra alemana que significa aliados, porque se aliaron con los suizos para defender su libertad; estos *hugonotes* ó

*eignotes*, parte todavía católicos, y parte zuinglianos, se hicieron durante algunos años una especie de guerra civil, hasta que la faccion zuingliana, mediante los socorros del canton de Berna, logró hacerse incomparablemente la mas fuerte (1). Se advierte de paso el origen mas verosímil del nombre de hugonotes dado ó los calvinistas. El de *ministros*, que tienen sus pastores, les viene de la escuela de derecho llamada *ministerial* en Poitiers, donde uno de los mas fogosos evangelizantes, profesor de esta facultad, dejó su empleo para ir á dogmatizar de ciudad en ciudad. Luego que los hugonotes fueron los mas fuertes en Ginebra, no guardaron ya consideracion: el populacho con la juventud desenfrenada, y Farel á su frente, los mismos capitanes de la ciudad con sus compañías, tambor batiente y banderas desplegadas, fueron en medio del día de iglesia en iglesia á derribar las cruces y las imágenes y á destruir los altares y los tabernáculos. El Consejo en seguida convocó una asamblea general, para deliberar sobre la suerte de la antigua Religion, cuya pérdida estaba resuelta y ya casi consumada. El franciscano Jacobo Bernard, guardian del convento de Rive, y apóstata en su interior, arengó en la asamblea contra la presencia real, el sacrificio de la misa, la invocacion á los Santos, el culto de las imágenes, el Purgatorio y los votos monásticos. Como el duque de Saboya y el obispo de Ginebra habian prohibido á sus súbditos asistir á la junta, y en efecto, solo concurren dos doctores católicos, ó reputados por tales, el Consejo, por una política farisáica, mandó presentar un compendio de las actas escritas de la disputa á los religiosos agustinos, á los dominicos y aun á los franciscanos que detestaban la apostasia de su prelado, y luego les pidieron su dictámen. Todos res-

(1) Pierr. Gilles. Hist. des Vaudois. c. 5.

(1) Spon. Hist. de Gin. l. 2.

pondieron, sin detenerse, que tenían esa doctrina por herética, y que se guardarían muy bien de poner en disputa lo que en todos tiempos había sido recibido por los Padres y confirmado después por las decisiones de la Iglesia católica.

Mas esto en nada hizo variar la resolución de los magistrados. El Consejo de los doscientos, ciudadanos, artesanos, comerciantes, ó cuando mas legistas, sin haber estudiado ni concilios, ni doctores, y sin entender mas que de sus negocios ó sus oficios, decidieron que las observancias católicas no eran mas que supersticiones ó tradiciones humanas contrarias á la Escritura: publicaron un decreto que abolía enteramente la antigua Religión, é impusieron á todos los ciudadanos la obligacion de seguir la de los protestantes. Y para perpetuar con un monumento eterno su rebelion, tanto contra la Iglesia como contra su obispo, que no han vuelto á reconocer después, pusieron en la casa de la ciudad una lámina de bronce donde se leían estas palabras con letras de oro: *En memoria de la gracia que Dios nos ha hecho de sacudir el yugo del anticristo romano, y de abolir sus supersticiones.* Después de este decreto, los católicos que aun quedaban en Ginebra, los eclesiásticos sobre todo, los religiosos y las religiosas clarisas, las únicas que había en la ciudad, tuvieron que salir de ella para siempre.

El guardian Bernard, para hacer una profesion auténtica de la reforma evangélica, arrojó su capilla en presencia de todos; y descubriendo pocos días después el principio de su conversion á la nueva fé, se casó públicamente con una hermosura venal, hija de un impresor de la ciudad, á la que dotó en todo lo que pudo robar á su convento. Farel se valió de todo su celo y elocuencia para persuadir la misma moral á las castas hijas de Santa Clara, las que no pudieron

oir sin horror estas exhortaciones insolentes, á escepcion de una sola, cuya docilidad libertina fué para todas las demas el mas sensible de sus males. Sin embargo, el magistrado conmovido, y no pudiendo menos de venerar su virtud, las hizo conducir honoríficamente y con buena escolta, para ponerlas á cubierto de todo insulto, hasta las cercanías de Annéey, donde el duque de Saboya las había preparado un monasterio.

Hasta entonces no había comparecido todavía Calvino en la indigna iglesia de Ginebra, de la que Farel es mirado como primer fundador. Mas el destino de Calvino, que no tenía el genio de la invencion, era entrar en las mieses de otros al tiempo de la cosecha, y hacer en algun modo mudar de naturaleza á las cosas por las formas nuevas que sabia darles, en lo cual era sobresaliente. Viendo por todas partes preparado el suplicio contra él en su patria, había atravesado los Alpes, y llegado á la corte de Ferrara, para quitar al luteranismo la duquesa Renata de Francia, muy adicta ya á este partido. Permaneció allí poco tiempo, temiendo la inquisicion ultramontana, cuyos procedimientos no ignoraba: mas no dejó de difundir sutilmente su veneno en el alma de aquella princesa; y el poeta Marot, que era el secretario de ella, acabó de corromperla tan completamente, que no hay apariencia de que renunciase á la heregía ni aun en el artículo de la muerte. La duquesa de Ferrara estuvo retirada en Francia durante sus últimos años, y su palacio servia de refugio á todos los hugonotes proscriptos que podía ocultar: dicen que sustentaba diariamente hasta trescientos.

Queriendo Calvino pasar de Ferrara á Basilea, ciudad infestada de la doctrina de Ocolampadio, emprendió su ruta por Ginebra, donde, mediante la reputacion que ya había adquirido entre los novadores fran-

ceses, le propuso Farel que se asociase á su apostolado. Como solo pretendia hacerse célebre, se dejó fácilmente persuadir, y los dos apóstoles repartieron entre sí fraternalmente el ministerio (1536). Farel, que tenía una espresion fluida y abundante y fuerza de pulmones, continuó la predicacion: Calvino, que no tenía fuerza ni gracia para hablar en público, se encargó de enseñar la teología que había aprendido en su vida errante y fugitiva. No tardó sin embargo en adquirir bastante imperio para hacer jurar al pueblo y al magistrado que adoptarían el formulario de creencia que le sugirió su capricho: mas pasando luego de los puntos especulativos, bastante arbitrarios en Ginebra, á algunos artículos de disciplina conservados por los berneses, tales como la consagracion del pan sin levadura, el uso de las fuentes bautismales y la celebracion de las fiestas, fué desterrado, junto con su amigo Farel, como perturbadores del reposo del Estado. Cedió á las circunstancias; pero sin renunciar á una iglesia, demasiado digna de este pastor para no fijarse por último bajo sus leyes. Farel se retiró á Neufchatel, donde fué recibido como ministro en jefe, y Calvino á Strasburgo, donde Bucero le obtuvo el permiso de establecer una iglesia para los franceses refugiados. Allí fué donde humanizando su rigorismo agreste, á ejemplo de todos estos reformadores indulgentes en semejante materia, se unió con los vínculos del matrimonio á Ideleta Burie, antiguo despojo de un anabaptista, de quien era viuda. Calvino no tuvo de ella mas de un hijo, que murió antes que su padre.

Tantas baterías asestadas de todas partes contra la Iglesia, obligaron al Papa y al emperador á ocuparse seriamente en su defensa, y sobre todo en la celebracion del concilio ecuménico, como un medio el mas propio para sofocar los desórdenes que

desolaban toda la cristiandad. El emperador acababa de señalar sus armas y su valor en Africa, donde había derrotado en una batalla campal un ejército doble que el suyo, mandado por el famoso Barbaroja. Había tomado después por asalto la Goleta y Tunez, y restablecido en el puesto del usurpador de este reino al rey legitimo, cuyo trono había invadido aquel corsario turco. Carlos V, después de haber arreglado de paso los negocios de Nápoles y Sicilia, y recibido luego en Roma las congratulaciones y todos los honores debidos á sus hazañas, representó al Papa que antes de volver sus armas contra los sectarios de Alemania, era conveniente mostrarles, por la convocacion de un concilio, que se habían apurado todos los medios pacíficos de hacerlos entrar en razon. Paulo III conocía la fuerza de este motivo, y no deseaba menos que el emperador la celebracion del concilio diferido tanto tiempo había: mas los obstáculos seguían siendo siempre los mismos, ya por la eleccion de un lugar que acomodase á todos los partidos, ya por la pacificacion de las potencias católicas, sin cuyo convenio era imposible reunir un número bastante crecido para que representase la Iglesia universal. Convocó sin embargo esta grande asamblea, primero para Mantua, que tenía su príncipe particular, y después para Vicenza en el Estado veneciano; pero sin poder hacer aceptar ni una ni otra de estas ciudades á los protestantes, orgullosos de verse buscados. Respondieron con insolencia que la Italia estaba llena de partidarios del Papa, y que la prudencia los obligaba á conservarse en Alemania, donde no se sabía como al otro lado de los montes el arte de deshacerse sin estrépito de las personas que incomodaban. Dieron también á entender bien claramente que cualquiera concilio que se celebrase pasaria entre ellos por ilegítimo si no confirmaba su

doctrina (1). De este modo se supo por ellos mismos lo que debia pensarse de sus continuas apelaciones á la autoridad del concilio.

Aunque el emperador deseaba mas sinceramente la convocacion del concilio, oponia sin embargo algunos obstáculos con algunos procederes que hacian imposible la paz. Estrechado en Roma por los embajadores de Francia á cumplir su reiterada promesa de restituir el Milanesado, les respondió que trataria con ellos del punto en el palacio pontificio, y que allí los instruiria de sus intenciones. El Sumo Pontífice juntó para aquel dia un consistorio extraordinario, donde con los cardenales se hallaban tambien otros prelados distinguidos, los embajadores de los diferentes príncipes, y los señores y oficiales de mas consideracion de la corte imperial. En presencia de esta augusta y numerosa asamblea, el emperador, despues de haber dicho algunas palabras sobre la convocacion del concilio general, y el deseo que manifestaba de pacificar la Europa, hizo á fin de celebrarlo una larga relacion de todos los agravios que decia haber recibido del rey Francisco I. Y exaltada sin duda su imaginacion por sus brillantes operaciones en Africa, le hizo olvidar entonces su reputacion de prudencia, pues concluyó como caballero andante proponiendo un duelo en que ambos soberanos, desnudos y armados de espada ó puñal, terminarian su querrela cuerpo á cuerpo en una isla, en un puente ó en un barco, á fin de ahorrar la sangre de sus vasallos: pero si el duelo no tenia efecto, se proseguiria la guerra con todo esfuerzo entre los dos príncipes hasta que el uno hubiese reducido al otro al estado de simple caballero. Carlos V no dejó de añadir que todo le aseguraba la victoria, el buen estado de sus negocios, la

(1) Sleid. *Comm.* l. 11, p. 347; Pallav. l. 4, c. 42.

feliz disposicion de sus súbditos, el valor de sus soldados, la esperiencia y valentia de sus capitanes; en lugar de que los negocios de Francisco estaban arruinados, segun decia, sus vasallos mal dispuestos, sus tropas miserables, y sus oficiales tan destituidos de capacidad, que si los suyos no valiesen mas, iria con la sogá al cuello á arrojarse á los pies de su enemigo para obtener su misericordia (1).

El Papa, los cardenales y los señores se miraban con admiracion unos á otros, como dudando todavia que lo que oian decir al emperador saliese de su boca. Los embajadores de Francia, igualmente asombrados y menos reservados, echaron en rostro al emperador en términos espresos la violacion de su palabra. Iban á proseguir cuando Carlos los interrumpió bruscamente: les dijo que ya les comunicaria su discurso para que respondiesen á sangre fria, y se retiró sin oír mas palabra. Luego que hubo salido, el Papa les dijo con sinceridad que si hubiese previsto lo que acababa de acontecer, hubiera tomado medios eficaces para precaverlo. Apresuróse luego á proporcionarles una audiencia, donde el emperador, repuesto ya de la viveza que le habia arrancado sus primeras palabras, quiso corregir lo que no era susceptible de paliativo alguno; pero insistió invenciblemente en negarse á entregar el Milanesado. Así pues, los embajadores escribieron al rey que, si no queria absolutamente pasar por este artículo, no debia pensar mas que en la guerra (2). Añadieron para divertirle la relacion de las baladronadas del emperador. El vencedor de Marignan, que era seguramente tan valiente caballero como el de Tunez y de la Goleta, respondió en tono de chiste que no hallaba interesado su honor en el

(1) Paul. Jov. l. 31; Belcar. *Comm.* ad an. 1539.

(2) Duplex. t. 3, p. 408.

desafío del emperador: que sus espadas eran tambien demasiado cortas para medirse de tan lejos; pero que si llegaban á una guerra mas formal, se dejaria ver de Carlos tan de cerca, que podria este tomar el género de satisfaccion que desease, y que él mismo haria conocer á todo el mundo si era la gloria ó el peligro lo que miraba en el combate.

Una guerra violenta sucedió en breve á estas contestaciones, y merced á la connivencia del marqués de Saluces, hizo Carlos V una irrupcion en Provenza con un ejército numeroso (1556). Para colmo de los males, supo el rey en esta ocasion la muerte del delfin, envenenado por Monteculi, su copero, quien, antes de ser descuartizado, dijo haber sido solicitado á este delito por dos generales del emperador. Mas este príncipe no tuvo inteligencia en esto, pues con aquel tono de verdad que dificilmente se remeda, protestó, que hubiera querido mas perder todos sus Estados que tener parte de esa maldad execrable. A este golpe desolador, dando el rey un profundo suspiro, y levantando las manos al cielo esclamó: «Dios mio, debo sin duda sufrir con paciencia todo lo que viene de vuestra mano poderosa; pero ¿de quién debo esperar, sino de vos mismo, el valor que necesito para no sucumbir? Habeis ya permitido el destrozo de mi reputacion, el mas estimable de todos los bienes, y ha sido de vuestro agrado añadir á esta prueba la muerte de mi hijo; ¿qué falta ya, Señor, sino aniquilarme absolutamente á los ojos de los hombres? ¡Oh! vos, que sois bastante poderoso para fortificar la flaqueza misma, dadme á lo menos la fuerza de adorar sin murmuracion vuestros decretos terribles (1).» El Señor concedió al piadoso monarca mas

(1) *Du Bell.* l. 6 in fin. et l. 7; Ferron. in *Franc.* l.

de lo que pedia. Los imperiales, despues de muchas tentativas sobre Marsella y sobre algunas otras plazas fuertes de Provenza, no pudieron apoderarse de ninguna, y el emperador con un ejército arruinado por una escasez tan grande que faltó alguna vez el pan hasta en su misma mesa, por las enfermedades contagiosas que arrebatában cada dia centenares de soldados, por la vigorosa resistencia de las guarniciones, y por el celo de los mismos paisanos que pasaban á cuchillo á cuantos se desviaban del grueso del ejército, se vió precisado á evacuar el pais y embarcarse precipitadamente para Niza.

Esta fatalidad hizo á Carlos V mas tratable que antes, y el Papa se aprovechó de estas circunstancias para buscar una reconciliacion entre los dos príncipes rivales. Paulo III, no obstante su avanzada edad de mas de setenta años, se encaminó á la frontera de Francia, donde los vientos contrarios detuvieron al emperador mucho tiempo, y trató separadamente con ambos príncipes, temiendo que su mútua vista despertase los odios que solo estaban adormecidos. No pudo hacerles concluir una paz absoluta; pero haciéndolos convenir en una tregua de diez años, obtuvo lo que para la celebracion del concilio hacia casi el mismo efecto que la paz. En esta conferencia de Niza confirmó además Paulo III, ó mas bien renovó la gracia expectativa concedida en otro tiempo, bajo el nombre de indulto, por Eugenio IV, tanto al canciller de Francia como á los magistrados del parlamento de Paris, aunque desde Eugenio habia quedado casi sin efecto por las disposiciones contrarias de la pragmática-sancion. Francisco I declaró que los indultados serian preferidos á los graduados, aun los que estuviesen nombrados, y que los cardenales estarían sujetos al indulto lo mismo que los demas prelados (1).

(1) *Libert. Gallie.* t. 2, p. 175.